

María Santísima Reina de los Cielos

Un año más nos encontramos a los pies de nuestra Madre, en torno a este altar para celebrar con espíritu agradecido lo que somos y creemos. Y lo hacemos en este tiempo que sigue siendo duro para nuestras Hermandades y Cofradías. No hemos tenido oportunidad de dar público testimonio de lo que somos y creemos a través de las salidas y desfiles procesionales. Los hermanos, todos los que trabajan de alguna manera para nuestras hermandades y el pueblo que encuentra consuelo, fortaleza y ánimo para seguir avanzando por los caminos concretos por los que cada uno tiene que transitar, ha vivido con paciencia esta situación, sabiendo que lo que estaba en juego, la vida, no tiene recambio pero, en estos tiempos en los que ya parece que vamos superando esta situación y una nueva normalidad se va imponiendo, muchos están impacientándose y suspiran, piden y, en algunos casos, hasta exigen el regreso de las procesiones a las calles.

Pero de la misma manera que hemos tenido paciencia hasta ahora, en este último tramo, tenemos que ser más cautelosos y no dejarnos llevar por unos deseos que, si bien son lógicos y entendibles, tenemos que acoger y tratar con mucha mesura, con la conciencia de que, más pronto que tarde, iremos recobrando la normalidad también en la vida de nuestras Hermandades y Cofradías.

Las lecturas de este domingo pueden ser esclarecedoras y nos pueden ayudar a profundizar en nuestra fe, en este día, en el que, además, celebramos a María Santísima Reina de los Cielos, en la festividad del Dulce Nombre de María.

La primera es del profeta Isaías. De los cuatro canticos que encontramos en él, hoy nos acercamos al tercero: El Cántico del siervo sufriente, donde el autor nos habla de fidelidad en el sufrimiento: una fidelidad sin fisura donde el profeta se sabe instrumento en los planes de Dios, acompañado y consolado por Él. Para que este plan triunfe no puede dejarse dominar por aquellos que quieren que fracase.

En el Evangelio nos encontramos hoy un punto de inflexión. A partir de este momento va a haber un antes y un después en la vida Jesús y de sus discípulos. Hasta ahora, la gente se preguntaba quien era Jesús y cuál era su papel en el tablero de la Salvación: ¿Quién es este que perdona pecados? ¿Quién es este que hasta el viento y el mar le obedecen? ¿Quién es este que hace estos milagros? Pero hoy es Jesús mismo quien pregunta a los discípulos ¿Quién dice la gente que soy yo?, y vosotros, ¿Quién decís que soy yo?

Simón Pedro es el primero que contesta, y lo hace de una forma vehemente: “Tú eres el Mesías!”

¡Qué lógica nos parece la respuesta de Pedro! ¡Claro que es el Mesías!

Ante este reconocimiento, Jesús comienza a instruirlos. Les habla de lo que está por venir; nos encontramos con el primer anuncio de la Pasión. ¡qué difícil de entender y digerir! ¿Cómo aquel que viene a liberarnos, a traer la libertad y la Paz habla de escarnio, sufrimiento y entrega? ¿Cómo el que viene a hacerlo todo nuevo nos habla de humillación y muerte?

Pero, aunque Pedro reconoce al Hijo de Dios, aun no entiende su misión; su fe es inmadura. Jesús recrimina a Pedro, le llama Satanás, porque, aunque su intención es buena, no entiende que los planes de Dios no son nuestros planes. Pedro piensa en la Victoria, la liberación del yugo al que los romanos someten al pueblo, la fastuosidad del nuevo Reino y Cristo piensa en la libertad integral del hombre, la Salvación eterna, el perdón, la reconciliación. Él viene a sanar los corazones rotos y heridos, a tender la mano al que necesita aliento y esperanza; viene a mostrar el Amor sin fracturas de Dios por todos y cada uno de sus Hijos y...el camino que elige... es el del abajamiento, la entrega total y libre de lo más sagrado y lo más divino para mostrarnos el camino que lleva a lo más alto: a la Vida Plena por la Resurrección.

A nosotros, a veces nos puede pasar como a Pedro, miramos nuestro mundo con criterios humanos, basamos nuestras relaciones en el interés o beneficio personal, pero por eso estamos aquí, por eso formamos parte de la Iglesia y, dentro de ella, pertenecemos a la gran familia cofrade malagueña que quiere acercarse a Dios con los ojos y la sencillez de María, que quiere dejarse modelar para que nuestra vida se base en Cristo y en el

Evangelio, aunque no siempre comprendamos los caminos del Señor y nos de miedo aquellos que nos va marcando en nuestra vida.

No nos dice el Señor que las sendas sean sencillas; ni que vayamos a estar exentos de dificultad o dolor en nuestra vida; no nos dice que no vayamos a ser víctimas de la enfermedad, la incompreensión o las críticas en nuestra vida; ni nos asegura que los que van caminando junto a nosotros terminen de entender o compartir nuestra forma de vivir.

Hoy, cuando increpa a Pedro en el Evangelio, llama a la gente y a los discípulos y nos muestra el camino: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?

Y a pesar de todo, a pesar de lo que nos dice hoy Jesús...aquí estamos. Somos concedores de la dificultad, pero sabemos que no estamos solos; hemos sentido la llamada del Señor que desde el mismo momento de nuestro bautismo nos amó, nos consagró, nos llamó y nos envió para que fuésemos testigos de su amor en medio del mundo. Nos regaló el don de la fe y nos ha regalado el pertenecer a una corporación que mira al futuro con esperanza, y que no se cansa de mostrar a Cristo y a su bendita madre en mil y una advocaciones distintas de su pasión y muerte, pero todas hablándonos de la Victoria de la Resurrección, y en todas mostrándonos la vida a la que estamos llamados sus hijos, cuando contemplamos a María Santísima, Reina de los cielos, cotitular de esta agrupación Centenaria. Ella, la que concibió en el corazón antes que en el vientre, la que hizo de su vida y de su cuerpo el Sagrario más puro en la entrega total y fiel a la misión que Dios le encomienda, se nos muestra como la primera y la única, carne de nuestra carne, que ya ha sido redimida en cuerpo y alma y, desde el trono Sagrado junto a su Hijo, intercede, cuida, acompaña y protege a todos los que nos acogemos a ella y a su divino amor.

Ella nos anima a la fidelidad en nuestro día a día. Que, en cada momento y circunstancia, como ella, y haciendo nuestra la máxima de San José María Rubio, hagamos lo que Dios quiere, y queramos lo que Dios hace. No es fácil caminar por esta senda, pero os aseguro, que para aquellos que hemos recibido el don de la fe, aquellos que nos sabemos llamados a una tarea concreta en nuestra vida, es la única vía en la que encontramos la

felicidad, porque, en nuestra debilidad, sabemos que estamos dando respuesta a aquel que nos amó y se entregó por todos y cada uno de nosotros.

Por tanto, en esta celebración donde el Señor hoy se nos vuelve a mostrar cara a cara en la Eucaristía y de la mano de María Santísima Reina de los Cielos, os invito a que sigáis trabajando por hacer presente y llevar el nombre de Jesús y su bendita Madre a todos los rincones de nuestra ciudad. Que mostremos con nuestra forma de trabajar y entregarnos a los que menos tienen que Cristo es el Mesías para nosotros.

Que a través de las salidas procesionales, cuando las condiciones ya lo permitan, llevéis consuelo y esperanza a tantas personas que necesitan el aliento, la fuerza y la alegría que Cristo nos trae; pero sobre todo, que ellas sean una declaración de intenciones de lo que somos y creemos. Que contemplando a Cristo y su bendita Madre, nos dejemos interpelar por ellos y hagamos firme propósito de servirlos y entregarnos por entero a la causa del Evangelio. Que descubramos en ellos el espejo donde nos queremos reflejar y, pedirles que nos ayuden a transformar nuestra vida para que lo que profesamos con los labios, seamos capaces de mostrarlo, cada día más, con nuestra forma de vida y entrega.

Que María Santísima Reina de los Cielos, a la que hoy festejamos, sea modelo y guía para los nuevos hermanos mayores que hoy juráis como miembros de la Junta de Gobierno. Os ha tocado un tiempo difícil, pero nunca las cosas grandes se hicieron desde la sencillez. Que apoyados en Cristo Resucitado y sostenidos por nuestra Madre, María Santísima Reina de los Cielos, descubráis que la Agrupación no sólo es una unión para mejor mostrar lo que somos y tenemos, sino que tras 100 años de historia se nos descubre como instrumento de evangelización en medio de nuestra ciudad. Que nos sintamos llamados por el Señor a trabajar desde aquí, para mostrar a todo el pueblo de Málaga el camino que lleva a su Reino y, que nunca nos cansemos de trabajar para que no sólo sea conocido el mensaje, sino que cada día, este sea sobre todo vivido y transmitido a las nuevas generaciones, con las que tenemos un compromiso y que ya van pegando a nuestras puertas.